

**LA COMUNICACIÓN PÚBLICA EN LOS ORÍGENES
DEL PERIODISMO CANARIO**
(Apuntes para un análisis)

JUAN JOSÉ LAFORET

La prensa causa desde sus orígenes destacadas alteraciones en el pensamiento y la vida cotidiana de la sociedad en la que se desarrolla, pues no sólo se limita a dar informaciones e interpretar los hechos, sino que se convierte en un instrumento de presión que configura opiniones en una y otra dirección. Como objetivo último, muchas veces con ribetes de utopía, se puede afirmar que siempre se ha planteado la necesidad de conseguir una evolución en todos los aspectos.

La incidencia social de la prensa no es unidireccional, pues desde el sentido opuesto, la sociedad, vemos como es necesario que se den determinadas condiciones para que surga como institución pública. Así, es precisa la existencia de un grupo dirigente que considere útil la divulgación de una información o ideología; pero, además debe haber un conjunto receptor que aspire a recibir este mensaje. Sin demanda no puede haber periódicos, por esto uno de los parámetros importantes a considerar, en el estudio de la prensa en un contexto geográfico y social determinado, es como van casi paralelos el desarrollo demográfico y el de la prensa. Añadiremos también, entre otra serie de factores, que la sociedad tiene que encontrarse en unas condiciones económicas que permitan la difusión y la venta, como contar con un cierto desarrollo y organización en las comunicaciones. Si observamos esto y algunos otros elementos, que por abreviar no debemos describir aquí, concluiremos en la incidencia recíproca entre información y sociedad, esencial a la hora de estudiar la historia de ambas, ya que la información posibilita unos lazos sociales que sin ella no se darían, que llegan a instituir comunidades ideológicas determinadas.

Al acercarnos al tema de «La prensa insular como fuente histó-

rica», que debemos considerar prioritario no sólo por las especiales características en las que aparece y se desarrolla la hemerografía canaria, sino por las condiciones en las que se encuentra actualmente, será necesario profundizar en las correspondencias que se dan entre la evolución de las sociedades y la organización, funciones y usos de la comunicación pública. La comunicación llega a ser una de las características básicas del hombre como ser social, pues es en el proceso de comunicación donde el individuo se afirma como tal. El estudio de la prensa, aunque sea la de épocas ya históricas, en el marco de la comunicación pública, como un elemento más de los procesos de comunicación social, nos puede permitir el acceso a fuentes informativas más ricas y amplias, que si sólo atendemos a contenidos específicos de forma aislada. Y es que, como ya ha observado la antropología, no sólo son mensajes los escritos y los símbolos, sino también los comportamientos, las conductas, las instituciones de los hombres en cuanto hombres. Marcel Maus, antropólogo, nos decía que «en toda sociedad sólo hay dos cosas que la forman, los hombres que la integran y los movimientos de éstos hombres». Estos movimientos son mensajes, parte usual y cotidiana del ser humano que, cuando se trata de su propia etnia, llega a decodificarlos inconscientemente.

Llegados a este punto tendremos que realizar una distinción apriori entre información y comunicación, pues aunque algunos autores como el brasileño Decio Pignatari no encuentran distinción alguna, se ha visto en los medios científicos en general la necesidad real de distinguir dos procesos diferentes: el de comunicación, que implica una información, y el de información, que no siempre implica una comunicación. Mientras que la información se reduce a ser el mensaje, la comunicación, proceso conductor de la información, es la relación establecida por la transmisión de estímulos y por la provocación de respuestas, ya que en todo proceso comunicativo se precisa una retroalimentación (feedback) para que este se complete.

Las noticias, que como los mitos tienen una vertiente histórica y otra atemporal, llegan a suponer para los individuos una auténtica estructura mítica. La noticia, la información, la comunicación pública, han llegado a modificar sustancialmente al ser humano en su comportamiento y en su pensamiento, lo que habrá que tener en cuenta a la hora de considerarlo en todos sus aspectos. Al iniciarnos en el estudio de la historia de la prensa en Canarias, de sus orígenes

N. I.

SEMANARIO MISCELANEO

ENCICLOPÉDICO ELEMENTAR, ó Rudimentos de Artes, y Ciencias, adaptado en lo Militar al local de las Islas de Canaria, con su Descripción, Conquista, y otras Noticias históricas, y memorables, así de los Generales, Obispos, y demas Magistrados que hay, y ha habido en ellas, como de los Titulos, Casas, y Personas Ilustres en Armas, Letras, y Virtud, recopilado todo de los mejores Autores, y dispuesto en Obra Periodica.

Por el Teniente-Coronel

D. ANDRES AMAT DE TORTOSA

Comandante de Ingenieros en esta Provincia, y Sòcio de Mérito de la R. Sociedad de Amigos del País de Tenerife.

IDEA DE LA OBRA

Muchas veces he pensado poner en orden los Apuntes sobre varias materias de erudición, que en diversas Misceláneas conservo, y aun de algunas particularidades de estas Islas, en que hace diez años que trabajo. Mi natural desconfianza me detubo; pero considerando, que aunque haya bastantes de poco mérito, contienen otras cosas, no de las mas vulgares, que pueden ser algunas veces, de idea á algunos Oficiales de Milicias, ó Caballeros particulares, que no hayan cursado estudios, y al mismo tiempo asuntos adaptables al local de esta Provincia, que requiere en todo un sistema particular; me he determinado á irlos publicando, por creer, sino me engaña el amor propio, hago algun servicio al Público. Estoy condolido de que en un terreno tan fértil de sobresalientes talentos como es el de

A

en este caso concreto, no nos podemos alejar de las interdependencias que existen entre sociedad y comunicación, ni de tesis, como las que mantiene el Dr. Martín Serrano, que afirman la existencia de relaciones entre la transformación de la comunicación pública y el cambio de la sociedad, por lo que el seguimiento en la historia y en la actualidad de la producción social de comunicación¹, será el punto de partida para el estudio de estas transformaciones. En concreto, señala el Dr. Martín Serrano, «la comunicación pública es ese espacio para la acción social en el que las comunidades también se han jugado, a lo largo de su historia, su viabilidad como organizaciones y por tanto su destino». Pienso que cualquier historia del periodismo, o de los medios de comunicación pública en general, que nos proponamos, sólo será válida y completa si se realiza a la luz de los preceptos delimitados por esa nueva ciencia social que es la Teoría de la Comunicación.

Es indudable que la prensa en Canarias constituye una valiosísima fuente de documentación histórica, en especial la del siglo diecinueve, pues al ser tan escasas las ediciones de libros en el archipiélago la gran mayoría de autores se volcaron a publicar sus estudios y reflexiones, tanto políticas, científicas, como literarias en los numerosos periódicos que se editaban en las islas. El papel que tiene su estudio, a la hora de contemplar épocas destacadas de la historia de Canarias, como los años de la Ilustración o determinados momentos del siglo pasado, es muy importante, pero también lo es por el mero hecho de que nos ayuda a tener un conocimiento cierto de cual era la función que la información desempeñaba en aquella comunidad, tanto a nivel individual como colectivo. Podemos afirmar que a fines del siglo XVIII en Canarias, aunque de forma minoritaria todavía, se inicia un diálogo público a través de los medios de comunicación, en el que se da una nueva afirmación del ciudadano como ser social.

Una consideración metodológica que debemos señalar es la referente al material bibliográfico bastante escaso y disperso que existe en la actualidad sobre la historia del periodismo Canario en

1. Por «producción social de comunicación» entendemos la manera en que cada formación social se apropia de la información pública. Así, al ser diferentes las necesidades comunicativas de cada formación social, también lo son sus respectivos modos de comunicación.

general —olvidando otros apartados más específicos de la comunicación pública como la oratoria, los pasquines y panfletos, o el género epistolar, que constituyen un auténtico desierto—. En su mayor caso se trata de trabajos aislados y reiterativos en sus temas publicados por diarios y revistas, que contienen en muchos casos graves errores, tanto en datos como en el análisis de los mismos, o de algún que otro libro que se limita a describir aspectos muy concretos de toda la historia del periodismo insular. Se hecha en falta un estudio general que estructure y clasifique los dos siglos de vida de la prensa periódica, o en términos más rigurosos, de la información y la opinión pública en Canarias, atendiendo a estilos, temas, medios técnicos para su producción en cada época, estructuras económicas, políticas y sociales en las que se apoyó en cada momento, fuentes de información, tanto en el interior de las islas como en el exterior, estructura interna de los periódicos, características personales de los directores y redactores más significados, tiradas, difusión, precio de los ejemplares, etc... Un conjunto de datos que en su conjunto nos permitieran conocer con claridad cual fue la incidencia de la información y de la comunicación pública en la conformación de la sociedad isleña actual, a la vez que el significado real de los periódicos en la vida insular. En este sentido, si eludimos el valioso pero aún primitivo esfuerzo de Maffiotte con sus *Apuntes para un Catálogo*, o algún que otro breve sumario a modo de catálogo, realizados hace ya muchísimos años, como el publicado por el Museo canario de Las Palmas de Gran Canaria, el vacío es casi absoluto. Si nos ceñimos al espacio de tiempo en el que se desarrolla la primera fase, que hemos denominado «Orígenes de la Información en Canarias. 1750-1850», nos encontramos con una notoria escasez de fuentes bibliográficas, lo que nos obliga a trabajar sobre los documentos originales de los primeros periódicos que aún se conservan, o copias legítimas de las primeras Gazetas manuscritas, hay que insistir en la dispersión de datos, lo que nos lleva a un trabajo previo y extenso de recopilación y vertebración de una bibliografía, que a primera vista se nos presenta muy variada. Pero, si en estudios de épocas más recientes se pueden utilizar como fuentes las propias colecciones de los periódicos, bien conservadas en las principales hemerotecas de Gran Canaria, Tenerife o La Palma, para un estudio sobre los orígenes del periodismo canario este instrumental se reduce bastante, al no conocerse en la actualidad ningún ejemplar de muchos de los primeros medios informativos de las Islas Canarias.

Un breve repaso a la hemerografía y a la situación de las hemerotecas canarias en general, nos da en principio un panorama poco halagador más que por la mayor o menor cantidad de fondos existentes, que en algunos casos son muy ricos y variados, por la forma en que se conservan, como por la deficitaria y poco operativa estructuración de las hemerotecas, alejadas de cualquier concepto de tratamiento documental actualizado, por supuesto a mucha distancia de su mecanización en bases de datos informatizadas.

Antes de proseguir y a la vista de las colecciones de periódicos, tanto nacionales como extranjeros, que llegaban a las islas en una época en que estas generaban ya sus propias publicaciones —hoy también conservadas en las hemerotecas—, sería esencial para la historia de la comunicación y de la opinión pública de las islas un estudio sobre estas, que definiera que tipo de prensa exterior consumía preferentemente el público isleño, el por que de cada caso, el grado de utilización y los sectores sociales que las leían, sus tarifas y las demoras en su recepción.

Pese al panorama formal que se ha apuntado, hoy podemos acceder a determinadas hemerotecas que permiten un nivel de trabajo suficiente. Así, la Hemeroteca Canaria, como se la conoce generalmente, del Museo Canario es quizá con mucho la más valiosa del archipiélago, con unos fondos ricos en publicaciones periódicas aparecidas en las islas a través de su historia, a la par que de un nutrido grupo de colecciones nacionales y extranjeras, con una organización que permite una cierta rapidez en la búsqueda y recuperación del material solicitado. Esta hemeroteca comenzó a formarse desde la fundación misma del Museo, pero no se independizaría de la biblioteca y se consolidaría hasta los años cuarenta de este siglo, cuando ocupa la presidencia D. José Díaz Hernández. A lo largo de su historia ha realizado algunas actividades para dar a conocer sus fondos, como la exposición que organizó entre el 27 de diciembre de 1947 y el 4 de enero siguiente, con notable éxito, al que sumó la publicación de un índice de sus fondos, ilustrado con once láminas. Otras hemerotecas insulares reseñables son la que existe en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, con importantes y hoy raros fondos, la de la Real Sociedad Económica lagunera y la de la Universidad de San Fernando de La Laguna, que en su *Catálogo de periódicos canarios* recoge doscientos setenta y tres títulos, ordenados de forma alfabética, que se abre con *Abeja, La. Sta. Cruz de Tfe. 1887* y se cierra con *Zurriago, El*.

Sta. Cruz de La Palma. 1898-1899. Otro importante lote documental se encuentra en la hemeroteca de La Orotava, Tenerife — incluida en la biblioteca Municipal de esta localidad—, en especial en los fondos legados por D. Fernando del Hoyo y Laura Salazar, donde se encuentra uno de los pocos ejemplares que existen del *Semanario Miscelaneo Enciclopédico Elementar*. Así mismo, para el estudio de los orígenes de la información en Canarias, como de su desarrollo histórico posterior, es necesario contar con los fondos documentales y bibliográficos de bibliotecas como La Cosmológica de Santa Cruz de La Palma, la de la Casa-Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria, o determinados archivos particulares. En Madrid tanto la hemeroteca municipal como en los fondos de la Nacional se pueden encontrar importantes lotes de material, sin olvidarnos de la biblioteca del Ateneo madrileño con fondos canarios de especial valor, en gran parte gracias al trabajo que sobre ellos y durante largos años desarrolló D. Agustín Millares Carlo.

Significativo, por lo expuesto hasta ahora y por lo que trataré a continuación, es el siguiente texto de Luis Maffiotte, que señala como hacia el año 1751:

«empezaron a circular en las principales poblaciones de Canarias unos manuscritos en forma periódica (aunque sin período fijo) y de redacción casi siempre anónima. Desgraciadamente de esos papeles, que con fundamento consideraba D. Elías Zero como los orígenes del periodismo canario, sólo nos quedan las noticias indeterminadas y vagas que varios libros de historia nos ofrecen, habiéndose salvado únicamente alguno de los que en distintas épocas redactó nuestro glorioso Viera y Clavijo».

Si bien hay autores que establecen la existencia del periodismo desde que en la sociedad se da una forma organizada de comunicación, nosotros, sin embargo, debemos considerar que será la aparición de la prensa diaria la que constituya el elemento potenciador de la comunicación pública primero y de la de masas más tarde. Sólo después del nacimiento y expansión de la imprenta veremos como un único mensaje puede tener a la vez un destinatario múltiple y anónimo. La forma primaria de información oral se limitaba al mundo de los estudiantes, el clero y cierta nobleza. La información manuscrita estuvo vinculada al desarrollo de la burguesía, que la prefería, en determinadas épocas y ya en tiempos de la imprenta, por

ser minoritaria selectiva y libre de censura; diríamos que es como una información confidencial.

Al intentar buscar una valoración y un significado a los primeros medios de comunicación canarios, que nos permita una mejor explicación del porqué aquella sociedad fue capaz de alumbrarlos en esos momentos de su historia, es necesario detenernos en unas consideraciones antropológicas de la información, pues debemos tener cuidado y ser escrupulosos al contemplar tiempos y sociedades pasadas que no vivimos, ya que podemos caer en la tendencia generalizada de traducir por falsillas que nos dan una interpretación deformada. Para acercarnos a una realidad válida, sobre todo en una historia del periodismo, es imprescindible realizar un análisis antropológico del emisor. A la hora de contemplar el marco donde surge la información en Canarias, hay que destacar que toda sociedad tiene un tiempo de vida y un espacio geográfico determinado. El tiempo social hay que considerarlo desde dos perspectivas, la de un tiempo común y la de un tiempo de los individuos. En cuanto al espacio, habría que diferenciar entre espacios fijos, propios para cada actividad; causales, que se ocupan de una actividad concreta; variables, que se ocupan de muchas cosas en función de ciertos fenómenos sociales; y espacios prohibidos. Desde este análisis valoraremos mejor la aportación de cada lugar y grupo de individuos de la historia de las islas, donde la información o la necesidad social de ella comienza a darse y a extenderse.

Dos factores fundamentales son los que retrasan y condicionan el nacimiento y la divulgación de la prensa. De un lado la carencia de medios técnicos, de otro el carácter represivo de los antiguos regímenes. En Canarias hay que añadir a estos el alto nivel de analfabetismo, extendido incluso entre las clases más pudientes y aristocráticas que en ocasiones llegan a jactarse de su ignorancia. Gran Canaria vio gravemente frenada la aparición de una información pública más o menos generalizada en un medio urbano gracias a la eficaz vigilancia y a la intolerancia ejercida por la Inquisición, que tenía establecida su sede central para las islas en Las Palmas de Gran Canaria y veía con malos ojos todo tipo de expresión libre y pública, aún en grupos reducidos, que escapara a su estricto control. Esto no ocurrió en Tenerife, ya que allí el Santo Oficio funcionaba a través de comisarios delegados, que apenas ejercían una mínima labor represiva. En este ambiente de mayor libertad, en el que indudablemente inciden otros factores de primer orden, La Laguna se

CORREO DE TENERIFE

DEL JUEVES 25 DE AGOSTO DE 1808.

*Del influxo de la opinion en las costumbres
y del de estas en la suerte de los pueblos.*

El atroz procedimiento de Bonaparte con nuestra España ha dado lugar á la exposicion de muchas noticias de su vida, y de ellas resulta que la Francia con toda su ilustracion y el furor con que se ha procurado una libertad absoluta hasta acabar con su legítimo Soberano y proscibir toda su Real Familia, ha sido sin embargo oprimida por el mayor tirano que se ha conocido, esclava de un déspota sin igual, despedazada por un monstruo, y que no obstante sufre tranquila sus inmensos males internos, y pasa con indolencia por las mas negras notas que la dan por causa de él las naciones extrangeras; defuerte que los mismos Franceses que en los años de 1790 y los inmediatos tenían por cadenas insoportables los suaves vinculos de una bien ordenada monarquía, se dexaron atar en breve mas fuertemente y cargan un yugo de enorme peso. Asi han sido confundidos visible y prontamente los proyectos de la Filosofía que tanto ruido ha metido en nuestros tiempos: ¿y se tendrán todavía por oráculos de sabiduria esos decantados Filósofos Voltaire, Rousseau, Mirabeau y los otros que encaminaron á los Franceses á su revolucion? Se necesitarán aun mas tristes experiencias que las que ha he-

convertirá en la cuna de la información pública en Canarias. Desde el antiguo Puerto de la Orotava la ilustración se introduce en los espíritus de un grupo de inquietos personajes, que pronto muestran unos modos de vida acordes con las nuevas ideas. Es la época de la razón y los filósofos usaron el arma de la crítica racional para declarar que la libertad es el bien y que la restricción, por su naturaleza, es el mal. La crítica sistemática será el objeto del contenido de las primeras hojas manuscritas, en especial las de Viera y Clavijo y del anónimo *Correo de Canarias*.

Hay que anotar otros medios de comunicación usuales y apreciados en la segunda mitad del siglo XVIII, como son la oratoria y la correspondencia. Ejemplo de ello es la interesantísima producción de D. José de Viera y Clavijo en este capítulo, que podemos considerar un auténtico género literario. El mismo Maffiotte dice que:

«no por casualidad se convierte el siglo XVIII en un siglo de intercambio epistolar; escribiendo cartas se robustece el individuo en su subjetividad».

Se darán distintos modos de comunicación, y de información en particular, que ayudarán a la nueva clase social que aparece en aquellos años, en especial en los tres o cuatro núcleos urbanos más destacados por su ingente tráfico mercantil y su emergente cosmopolitismo. Poco a poco la información y sus canales se adecuaron a las necesidades de la nueva estructura social y esta a ellos, en esa dinámica de interdependencia entre la sociedad y la comunicación. En este sentido, en la línea marcada por el Dr. Martín Serrano, habrá que estudiar como se producen una clase de bienes fabricados para abastecer a la comunidad de la información: los productos comunicativos. Una característica general a todos los manuscritos y primeros medios impresos canarios, propia del nuevo contexto en el que aparecen, será el ideal de utilidad. Al estudiar los orígenes de la historia de la información pública en Canarias, es de rigor referirnos a una serie de trabajos, en principio manuscritos, que propiciaron el que surgiera un interés colectivo por «lo público». A través de sus contenidos, ya fueran hechos noticiosos o divulgaciones culturales, se creó el ambiente propicio para la información de tipo colectivo, por lo que hoy a estas Gazetas manuscritas ilustradas se las consideran como los primeros pasos del periodismo canario.

El periodismo canario, con su aparición, marcó y propició una nueva y brillante etapa en la historia de las islas, que muchos no han dudado en designar como el «siglo de oro canario».

La noticia que en un primer momento es oral, ya no es el simple cotilleo pueblerino. En la sociedad canaria de mitad del dieciocho se dan ya ciertos tipos de relaciones estructuradas, como las «tertulias», donde la transmisión oral de noticias se hace de forma sistemática y con cierto rigor en el contenido informativo. Como ejemplo ilustrativo citemos a Agustín Millares Torres, que en su *Historia de la Gran Canaria* nos dice:

«los hombres más eminentes que entonces vivían en Tenerife, tenían entrada franca en la tertulia del Marqués, en cuyos salones se hablaba de política con el interés que los acontecimientos lo exigían».

Esto permitió que enseguida los espíritus más inquietos se decidieran a redactar papeles manuscritos periódicos, que dieran una mayor trascendencia a las ideas expuestas oralmente. Podemos decir que es el momento en que se empieza a dar en las islas el hecho de «lo público», en el sentido de lo que Jürgen Habermas ha denominado como: «*ofentlichkeit*», o sea, que nos encontramos ante el fenómeno de la vida pública en que una audiencia tiene ya un interés común por las ideas y conocimientos que le llegan a través de un mismo canal. Pero hay que resaltar que todo esto se dará aún a niveles muy reducidos, son sólo las células básicas que posibilitarán un posterior desarrollo. Es más, en Canarias la prensa de finales del dieciocho y de buena parte del diecinueve no goza de gran popularidad, ni tiene tras de sí un poder económico. El alto índice de analfabetismo, la escasez de noticias y los difíciles transportes, son otros de los elementos que influyen en que la prensa no se presente de forma asidua en la vida cotidiana de las islas hasta las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, momento en que damos por finalizado el período definido como «orígenes de la información en Canarias».

Aunque en casi todas las poblaciones de cierta importancia del Archipiélago durante la segunda mitad del siglo XVIII era común la génesis de tertulias ilustradas, con un mayor o menor arraigo, como ejemplo de comunidades de pensamiento con cierta estructura, a la vez que eran numerosos los panfletos que aparecían con motivo de

cualquier acontecimiento medianamente destacado, podemos afirmar que el centro neurológico de esta nueva confrontación social era la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, apoyada por una constante relación con Europa a través de los numerosos barcos que recalaban en el Puerto de La Orotava, donde una vez más podemos comprobar como el tráfico de noticias se desarrollaba sobre las vías del tráfico mercantil. Pero debemos tener en cuenta, como expone Habermas, que este «nuevo ámbito de comunicación se añadía sin más, con sus instituciones de tráfico de noticias, a las formas de comunicación ya existentes mientras faltó el momento decisivo de la publicidad»², por lo que «no puede decirse que haya prensa, en el sentido estricto de la palabra, hasta que la información periodística regular no se hace pública, esto es, hasta que no resulta accesible al público en general». En las islas pasará mucho tiempo aún para que veamos las noticias convertidas por sí mismas en mercancías. Si la información periodística profesional moderna obedece a las mismas leyes del mercado, en estos primeros momentos de la información debemos buscar otras leyes por las que se rige, acordes a unos valores más espirituales que monetarios. Lo que sí debemos afirmar es que ya existe, y por eso consideramos a este período histórico como «orígenes», una búsqueda de lo público como destino de las ideas y lugar de presentación de los mensajes.

A la luz de las consideraciones esbozadas en los párrafos anteriores, hemos definido como: «Orígenes de la información pública en Canarias», al período que transcurre entre las fechas globales de 1750 y 1850. O sea, desde la aparición de los primeros papeles manuscritos a modo de Gazetas, hasta la aparición de los primeros periódicos impresos con una cierta calidad, continuidad y estabilidad, a la vez que con una difusión que les permite llegar a una amplia generalidad del público.

Entre las dos fechas señaladas se dan una serie de acontecimientos y vicisitudes que conforman poco a poco en el seno de la sociedad Canaria la necesidad de una estructura social de comunicación. Este primer siglo de vida del periodismo insular podemos dividirlo en cinco épocas o capítulos característicos. El primero

2. Publicidad no en su concepto actual y más común de publicidad mercantil, sino en cuanto se refiere al ámbito de «lo público» en el espectador social.

EL PUEBLO.

Prospecto.

El pueblo...mar inmenso!
En eterno vaiveo,
Mar poderoso, cuyas turbias olas,
Como pueden un trono destruir,
Pueden mecer cunoras
Una cuna infantil.

Victor Hugo.

EL PUEBLO es el que levantará su voz: no el anárquico y brutal que hace odiosas las revoluciones; ni menos el servil y envilecido que sufre dominaciones inicuas: **EL PUEBLO** es, libre e independiente, que, sintiendo ya saltar en su seno el porvenir glorioso con que la Providencia quiere terminar el presente tiempo de su prueba, al paso que acata las leyes que el mismo se diera una vez soberano, se opone con dignidad y grandza á la arbitrariedad, que á nombre de aquellas intentarían ejercer los depositarios de su poder: **EL PUEBLO**, que ofrece entusiasmado la corona de la inmortalidad, regada con lágrimas de agradecimiento, á los verdaderos patriotas que le han sacrificado sus desvelos, sus vidas é intereses, y que á su vez artoja con indignación en la nada ignominiosa del olvido, ó masca con el sello de una reprobación eterna á aquellos sus falsos amigos, que nada han hecho por él, ó que le han causado mucho mal: **EL PUEBLO**, en fin, que habiendo llegado á conocer sus derechos y deberes, cumple éstos con exactitud para gozar completamente de aquellos.

Ninguno mas estimable que el que se auxilia con la prensa libre, garantía de todos los demás derechos, y que **EL PUEBLO** va á ejercer en toda su latitud. Y lo hará con el vigor inherente á su independencia, con el decoro que corresponde á su propia magestad, y con la amargura que es natural al que sufre. Atacará, pura, los abusos y las preocupaciones donde las halla; si bien siempre considerará las personas como ciudadanos y hombres políticos, bajo cuyo carácter le serán estas respetables, y él desempeñará el grato deber de la alabanza, si, cualesquiera que sean sus creencias, cumplen con las obligaciones que su posición social les impusiera.

Empero, si **EL PUEBLO** descubre el prevaricato de un funcionario; si nota en una Cor-

poracion el abandono de los intereses que la ley le confía; si se convence de la hipocresía con que los malvados se cubren para labrarse una fortuna sobre las ruinas de su patria; **EL PUEBLO** entonces denunciará al funcionario prevaricador; se empeñará en hacer perder á la corporacion indolente la confianza que en ella se deposita, y confundirá al hipocrita patriota; entonces **EL PUEBLO**, mar inmenso, romperá los diques y ahogará la opinion de esos hombres, autores de los males que le afligen.

Aunque la redaccion de **EL PUEBLO** haya ofrecido respetar las personas de todos los ciudadanos, si estos cumplen con sus deberes públicos y cualesquiera que sean sus opiniones, no por eso dejará de impugnar todas las que sean contrarias á los principios que ella profesa; percibiéndose los que reconocen al pueblo por único legítimo soberano, y le conceden la parte mas directa en el ejercicio de la misma soberanía. Ni era doble que un pueblo, orientado una vez en sus sagrados derechos é intereses verdaderos, dejase de propender al sistema democrático que favorece unos y otros; tampoco lo sería que exacto observador de sus deberes, no acatara el gobierno establecido, y en la situación transitoria de las realidades políticas actuales, no defendiese sus actos condicionalmente buenos.

Mas, los gobiernos democráticos necesitan para su estabilidad y para que su tendencia á la felicidad común no sea una quimera, si antes bien una consecuencia real, estar cimentados sobre los elementos de la moral, de la instrucción y de las virtudes públicas; y privadas que deben caracterizar á un pueblo libre. De aquí es que las sociedades que distan aun mucho de tal grado de cultura, solo podrán ser regidas por esos gobiernos mistos, libres en la apariencia, teatro de perpetua lucha y de reacciones continuas. Por lo mismo,

abarca la aparición de las primeras hojas manuscritas, en especial los trabajos de Viera y Clavijo y el anónimo *Correo de Canarias*. El segundo se centra en la destacada obra del Teniente Coronel de Ingenieros, D. Andrés Amat de Tortosa, el *Semanario Miscelaneo Enciclopédico Elementar*, primer periódico impreso en Canarias, del que estos años celebramos su doscientos aniversario, ya que vio la luz en Tenerife entre 1785 y 1787. Un tercer capítulo nos remite a la información durante la Guerra de Independencia y al caso del *Correo de Tenerife*, periódico promovido por la Junta Patriótica de La Laguna. El cuarto capítulo se refiere a la prensa canaria de los años del reinado absolutista de Fernando VII. En Tenerife entre 1814 y 1825, como alude Maffiotte, «circularon gran cantidad de periódicos impresos anónimos de los que sólo se han conservado dos por lo profusamente que circularon y el mucho ruido que produjeron a la entonces pacífica, morigerada y asustadiza sociedad isleña». Pero este ambiente será el que haga posible la aparición de una prensa a la que hoy podríamos clasificar entre lo «clandestino» y lo «marginal», de vida espontánea, cuyos fogonazos sirvieron para despertar los corazones no sólo a las causas defendidas, sino al sagrado derecho de la libertad de expresión, que —retomando unas hermosas palabras de D. Manuel Azaña— no se que nos haga mejores, nos hace simplemente hombres. Por último está la época de *El Atlante* que aparece en Tenerife en 1837 y la de *El Porvenir de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria 1852, con su fugaz predecesor, diez años antes, *El Pueblo. Periódico Democrático*, que marca el final de los «orígenes» y el inicio de una etapa de consolidación de la prensa en la vida pública de las islas.

La interacción entre sociedad y comunicación en el período propuesto ya se intuye en un interesante texto de Agustín Millares Torres, que se hace necesario recordar:

«Las Islas Canarias, entregadas a sus propias inspiraciones, aisladas entre sí y de la madre patria, sin participarse sus mutuas necesidades, ni crear asociaciones que aumentaran sus débiles fuerzas y suplieran su falta de recursos, avanzan lentamente y a ciegas por la espinosa senda del progreso, oyendo a lo lejos y como débil eco, la voz de la prensa, que timidamente al concluir el siglo XVIII, se levantaba ya entonces poderosa e irresistible sirviendo de indiscutible base a la libertad de pensamiento.»

Cuando intentamos acercarnos a la historia de nuestras urbes, de nuestra comunidad, hay que detenerse a analizar la importancia que tiene la aparición del «hecho noticioso» en una sociedad. La presencia de la información, como fenómeno que paulatinamente llegará a ser de masas, propiciará la aparición del «interés público» frente al concepto de «lo privado», que andando el tiempo, como un fenómeno de la sociedad de masas, pasará a completarse con el de «interés general». Para una visión completa del pasado de las islas el estudio histórico, a la luz de la Teoría de la Comunicación, de los distintos medios de información, por rudimentarios que sean, se hace imprescindible, pues sin ellos no encontramos todos los datos de rigor para la historia, si se percibe el ambiente general de la época, la influencia real de las personas y de los acontecimientos.

BIBLIOGRAFÍA

- HABERMAS, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gustavo Gili, 1981.
- LAFORÉ HERNÁNDEZ, Juan José. *Orígenes de la Información en Canarias. (1750-1850)*. Madrid, Universidad Complutense, 1985. Memoria de Licenciatura.
- MAFFIOTTE Y LA ROCHE, Luis. *Los periódicos de las Islas Canarias. Apuntes para un catálogo*. Madrid, Biblioteca Canaria, 1905-1907.
- MARTÍN SERRANO, Manuel. *La producción social de comunicación*. Madrid, Alianza Universitaria, 1986.
- MILLARES TORRES, Agustín. *Historia de la Gran Canaria*. Tomo I. Las Palmas de G. C., Imprenta de Manuel Collina, 1860.
- SÁIZ, María Dolores. *Historia del Periodismo en España. Los orígenes. El siglo XVIII*. Madrid, Alianza Universidad, 1983.